

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 25 de Octubre de 1917.

Número 39.

EL MOTÍN
PERIODICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Los regalos de libros

Reproduzco á continuación la lista de los números favorecidos en el sorteo, rogando á sus poseedores que se sirvan decir cuanto antes á dónde y en qué forma se les envían:

1.556.—2.075.—2.602.—
3.151.—3.826.—6.105.—7.462.—
7.489.—7.998.—8.413.—8.983.—
9.065.—9.450.—9.504.—9.615.

Hasta ahora sólo han reclamado los libros, y se les han remitido ya, los señores siguientes:

Don Benito Abad, de Portugalete, que tenía el núm. 7.462.

Don Joaquín Álvarez, de Gijón, con el núm. 9.615, y

La Logia Pureza de Lisboa, con el núm. 7.998.

¿ANARQUISTA?

No soy anarquista; pero cuando recorro las páginas de la Historia y contemplo la serie inacabable de excesos, violencias, crímenes y atentados que la pasión, la envidia, la ambición, el odio, la soberbia, disfrazados de razón de Estado, perpetraron en todos los tiempos; las conquistas bárbaras, las represiones sangrientas, las guerras devastadoras, los asesinatos políticos, los regímenes de opresión, las persecuciones, las proscripciones, los patibulos, las hogueras, me pregunto con asombro cómo las sociedades humanas han podido sobrevivir á la repetición incesante de atrocidades tamañas, y me asalta la duda de si no será el poder el peor de los enemigos del derecho y la autoridad

tirana más que tutora de los rebaños que apacenta.

No soy anarquista; pero ante el espectáculo de la sociedad, tal como la ha formado la Historia: instituciones anacrónicas y absurdas viviendo de la velocidad adquirida; la dirección común puesta en manos de los más audaces ó afortunados; el palo como supremo resorte de Gobierno, la fuerza de todos ejercida por algunos que son de hecho por ello, pese á todos los convencionalismos democráticos, dueños y señores de los demás; la razón otorgada siempre al más fuerte; la ley del embudo erigida en Constitución interna; la educación transformada en un medio de formación de los espíritus para adaptarlos al ambiente; el sentimiento religioso convertido en monopolio de una Iglesia que hace de él su negocio y adora á Dios *pauze lucrando*; la riqueza otorgada por el azar, adquirida por el demérito, consagrada á mantener el ocio y el vicio; el amor prisionero, como en estrecha cárcel, en el matrimonio indisoluble... dudo si la civilización no habrá sufrido extravío; si la humanidad no habrá hecho, como dicen los franceses, falsa ruta, y si no sería más fácil que corregir organización tan defectuosa hacer de todo tabla rasa y emprender de nueva planta la inmensa labor de los siglos.

No soy anarquista; pero en presencia de ese Leviatán que se llama el Estado, con su Constitución, sus leyes, sus códigos, sus poderes, sus partidos, sus clases, sus órdenes, su presupuesto; con su administración, su burocracia, su fuerza, sus tribunales, sus prisiones, sus cadalsos y sus verdugos, todo ello tan poderoso para el mal, todo para el bien tan impotente; en presencia de esa institución que tiene por lema el derecho y por práctica la violencia; que no persuade, que no amonesta, que no ampara, que no defiende, pero que impone, cohibe, reprime, castiga; en presencia de ese monstruo que devora todos los años mil millones para mantener á sus parásitos, y no da en cambio instrucción, ni protección, ni sosiego, ni paz, ni gloria, ni justicia, ni pan; que roba el voto al ciudadano y luego le zampa en la cárcel; que despoja al contribuyente y luego le fusila, doy en pensar qué es lo que podría perder la sociedad con verse amputar al rape tan disforme y horrendo pólipo.

No soy anarquista..., es decir, nun-

ca creí que lo fuera. Pero bien considerado todo y hecho examen de conciencia, acaso resulte que era un anarquista sin saberlo.

ALFREDO CALDERÓN

1903.

¡Encantado! ¡Encantado!...

Las dimensiones de EL MOTÍN impiden copiar todos los documentos que la Prensa ha publicado desde que se levantó la suspensión de garantías, para probar la gestión desacertada y funesta de la política del actual Gobierno; documentos que seguramente habrán saboreado ya mis lectores en la Prensa diaria.

Mas para que calculen ó midan cómo anda la cosa, bastará decirles que estoy contento, muy contento, puesto que he visto lo que ya no pensaba ver: á España completamente *amotinada*.

Todos censuran, todos gritan, todos protestan. Las verdades, que tan ocultas estuvieron durante tantos años, salen ahora atropelladamente de todas las bocas.

«Aquí, dicen todos, no hay ley, ni justicia, ni honra, ni vergüenza... Aquí todo se halla mixtificado, maleado, podrido... Aquí todo Dios está que echa las muelas y deseando que se ponga lo de arriba abajo.»

Le ha pasado á España con la Monarquía lo que suele acontecer en el noventa y nueve y medio por ciento de los matrimonios, aunque se contraigan con arreglo á los sagrados cánones de la Santa Madre Iglesia.

Hay palabras mal sonantes que tardan en dirigirse mutuamente los cónyuges; pero en cuanto se las disparan por vez primera, toda ocasión les parece abonada para repetir las.

En el maridaje de España con la Monarquía ocurre ese caso ahora. Preparémonos á escuchar constantemente en adelante piropos parecidos á los que hoy se prodigan, y en tono cada vez más alto, hasta que legal ó ilegalmente se divorcien.

En fin, que la zambra está armada; que la monotonía insoportable del orden se ha roto, y que, quiéranlo ó no unos y otros, los que atacan como los que se defienden, tarde ó temprano dará sus frutos la planta de la Santa Indisciplina que hoy todos cultivan riegan afanosamente.

Si; el automóvil revolucionario se ha puesto en marcha, y bien provisto de gasolina.

Y como el vértigo de las distancias se impone fatalmente á todo el que camina en automóvil, mientras más aprisa vaya, más y más aumentará su velocidad y...

¡Lo que me estoy divirtiendo!

COMPAREMOS

El argumento más poderoso que empleaban los monárquicos contra los republicanos, era el de que en la República hubo varios trastornos y momentos en que nadie se entendía.

Y no les faltaba razón del todo, por que así ocurrió. Lo único que callaban modestamente, era que la mayor parte de los trastornos los preparaban, los promovían ó los alentaban ellos.

En adelante ya no podrán esgrimir ese argumento. Ante lo que viene ocurriendo en España desde hace cuatro meses en punto á desorden, intranquilidad, confusión, torpezas, arbitrariedades, ilegalidades é injusticias, la agitada época de la República representa lo que el Manzanares comparado con el Océano; la luz de la luna con la del sol; ó lo que Dato parangonado con Lloyd George ó Vilson.

Hagamos, por lo tanto, cuanto nos sea posible para establecer la República, aunque sea como la de 1873, para que España disfrute de orden, reposo y tranquilidad.

El caso de Marcelino Domingo

Los diputados y senadores que han concurrido á las reuniones de estos días en el Congreso acordaron la siguiente declaración:

«Por lo que se refiere á la inmunidad parlamentaria, aducen en el caso de D. Marcelino Domingo el art. 47 de la Constitución y la ley de 9 de Febrero de 1912, entendiendo que en ningún caso puede sustraerse de la jurisdicción del Tribunal Supremo el conocimiento y fallo de las causas que se sigan contra senadores ó diputados que no sean militares ó marinos no retirados.

Declaran que han visto con extrañeza y con disgusto la tramitación dada al caso de D. Marcelino Domingo por el presidente del Congreso, en cuanto ha dejado que una cuestión pública fundamental, que afecta al fuero parlamentario, haya debido plantearse por el propio Sr. Domingo como una cuestión particular ó personal, lo cual no hubiera ocurrido si desde el primer momento en que se convenció de que su alta autoridad no era bastante para recabar del Gobierno el inmediato y exacto cumpli-

miento de las leyes, que son garantía de la inmunidad parlamentaria, hubiera apelado al concurso de todos los señores diputados para lograr la defensa de sus derechos y los prestigios del Parlamento.»

El diputado maurista don Angel Ossorio y Gallardo ha publicado sobre este mismo asunto el siguiente notable artículo:

«El diputado á Cortes D. Marcelino Domingo está sometido á una jurisdicción incompetente. Se perpetra, pues, en su daño un evidente exceso de Poder. Una sociedad que tuviera sentido de la ciudadanía no debiera tolerarlo impasible.

El caso es clarísimo. No constituye ningún arcano jurídico.

Artículo 47 de la Constitución de la monarquía: «El Tribunal Supremo conocerá de las causas criminales contra los senadores y diputados en los casos y en la forma que determine la ley.»

Ley de 9 de Febrero de 1912. Artículo 1.º «Corresponderá á la Sala de lo criminal del Tribunal Supremo el conocimiento de las causas contra senadores y diputados. De las causas á que se refiere esta ley conocerá el Consejo Supremo de Guerra y Marina siempre que concurren «todas» las circunstancias siguientes: Primera, que los senadores ó diputados contra quienes se proceda fuesen militares ó marinos no retirados.»

¿Es el señor Domingo militar ó marino? No? Pues no hay que pasar á la segunda circunstancia. Ese señor diputado no tiene que someterse á otra jurisdicción sino á la del Tribunal Supremo.

Claro que tan palmaria extralimitación legal no se produce por improvisación caprichosa. Lo que ahora ocurre es consecuencia de la sistemática y vergonzosa impunidad en que los parlamentarios han vivido tantos años. A fuerza de vulnerar las leyes, han conseguido quitarles su prestigio. Las pandillas políticas enseñaron al pueblo á despreciar el Derecho y hoy el pueblo se ríe de las pandillas cuando las ve atropelladas.

Mas aun rindiéndose á esa indiscutible realidad para comprender y atenuar culpas ajenas, el fenómeno conserva toda su importancia. En España, y en el siglo XX, un tribunal de militares, cuya incompetencia legal es diáfana, puede procesar á un ciudadano, prenderle y juzgarle, sin que sirva de nada que la ley lo prohiba, sin que los Tribunales ordinarios se apresuren á defender su jurisdicción, sin que se alarmen los que otro día puedan correr igual riesgo, sin que el instinto jurídico (que es, á la vez, decoro del espíritu y sentido de conservación) despierte ni actúe...

Veo la mueca y oigo la diatriba:

—¡Bah! Triquiñuelas de abogados. Empacho de legalidad. ¡Y todo porque es diputado! ¡Que se aguante como cualquiera! El Tribunal Supremo no le haría nada... Todavía sobre el Consejo de guerra. Si le hubieran pegado cuatro troyes en mitad de la calle cuando le cogieron, nos ahorraríamos ahora tanta discusión y tanta pampolina.

A quienes, con innegable buena fe, sostienen tan culta y cristiana tesis, será difícil convencerles de los peligros que envuelve. Curados de su prevención, comprenderían que la anarquía política,

que les tiene asqueados y que extravía su discurso, es una inocentada inofensiva, en comparación á la que ellos siembran y difunden expresándose así.

Si no se mira la competencia de los respectivos Tribunales como cosa sustancial de la libertad civil, un juez de primera instancia anulará un matrimonio canónico; un provisor eclesiástico tramitará una quiebra; un juez municipal se desentenderá del Registro civil, y un coronel malhumorado borrará la Constitución. ¿Es esto lo que se apetece?

Si se aplaude que los jueces militares retengan presos que no les incumben, se colocará al Ejército en situación crítica. Lo sería siempre, porque el Ejército es brazo de la ley, y al desconocerla se suicida; pero lo es más especialmente en días como los corrientes, en que el Ejército, con intención noble, aunque con fórmulas torpes, clama porque cese la cuchipanda nacional. ¿Es esa incongruencia la que se busca para desprestigiarle?

Si se elogia la pasividad del Tribunal Supremo (dolorosa, lamentable, condenable pasividad), se colaborará al acabamiento de la justicia en España, poniendo de relieve que hasta sus más altos organismos son institución de poca monta y de ningún influjo. ¿Es eso lo que España necesita?

Y si se defiende alegremente que un tiro á tiempo es el mejor de los enjuiciamientos, podremos condensar toda nuestra pedagogía en la esgrima de la navaja y en el discreto empleo del trabuco.

Oigo la réplica:

—Todo eso está bien para las «personas decentes»; pero Marcelino Domingo es un criminal y responde de haberse vertido mucha sangre.

Y yo arguyo: primero, que la culpabilidad de Domingo la sabrán sus jueces, pero no los que sólo tenemos como medio de información referencias anónimas, chismes hiperbólicos y murmuraciones sin garantía; y segundo, que los códigos penales y las leyes de enjuiciamiento criminal se han hecho para los presuntos delincuentes y no para los cenobitas. De modo que pedir que no se apliquen en los momentos únicos en que se tienen que aplicar sería una paradoja si no fuese una falta de caridad y de justicia social.

El caso Domingo amenaza convertirse en un nuevo pleito de derechas é izquierdas. Y no se diga que aquéllas no hablan ni contradicen á éstas, porque sólo con callarse ya están contribuyendo á la división del campo.

Desoir el llamamiento de un derecho violado es tanto como colaborar á la violación y abandonar todos los deberes que su defensa entraña. No hay equivocación ni cargo de conciencia más graves para quienes representan una política espiritual y un procedimiento democrático.

Por encima de las derechas y de las izquierdas está la ley, que á todos por igual garantiza y que no puede funcionar alternativamente de demagógica y reaccionaria.

Los que hoy se encojan de hombros ante el proceso de Marcelino Domingo, dispónganse á colocarse en su situación si algún día imperan los secuaces de éste.

Y para acabar: si la derecha política no significa el sentido jurídico de un país frente á las tempestades de la pasión y á las demoliciones irsensatas, ¿qué otra co-

sa puede representar? ¿Qué sustancia le queda? ¿Para qué sirve?

ANGEL OSSORIO

Maura y Dato

No trato de compararlos. Aunque no quisiera ver en el Gobierno á ninguno, reconozco que hay en todo gran diferencia entre ambos, y no en favor del segundo.

Trato sólo de recordar un hecho.

Condenado yo á nueve años de presidio y no sé cuántos de accesorias, llegó un día al Congreso la noticia de que me habían visto salir de la cárcel esposado en una cuerda de presos que conducían á Ocaña. Se acercaron á Maura varios diputados, lo interrogaron, él á su vez lo hizo al ministro de Gracia y Justicia, que negó la versión, y desde aquel día, al ver la opinión decidida en favor mío, no se volvió á hablar de mi traslado á un presidio. Por esto permanecí en la Cárcel Modelo hasta que me concedió el indulto, á pesar de su reconocimiento clericalismo, desoyendo las excitaciones continuas de los clericales para que me llevasen á un Penal.

Dato, en cambio, desmiente hace pocos días, á los que aseguraron que Besteiro, Anguiano, Caballero y Saborit había salido para el presidio de Santoña; vió el revuelo que en la opinión produjo la noticia, y á pesar de esto, ó precisamente por esto, á los pocos días, el jueves último, sigilosamente, de noche, sin darles tiempo apenas para que pudieran recoger lo que en la celda tenían, ni avisar á sus familias para que les llevasen la ropa que necesitaban, y con un lujo de precauciones que provocaría á risa si no produjera indignación, los manda conducir al penal de Cartagena.

Este solo hecho bastaría para demostrar que no cabe comparación alguna entre Maura y Dato, ni como hombres ni como políticos, si no existieran tantos que hacen completamente imposible la comparación.

¿Mi opinión sobre la medida tomada? Esta: que me alegro. Si había de ser al fin, más vale que hayan sacado á los presos de la cárcel de esa manera. Las injusticias despiertan energías, que pueden mañana justificar represalias. Y los inexorables hacen inexorables, como dijo Víctor Hugo.

Cuando las barbas de tu vecino veas pelar...

El Socialista reapareció el viernes encabezando el número con lo siguiente:

«Terminado el estado de excepción que amordazaba á la Prensa, obligándola á decir sólo aquello que al Gobierno convenía, y á callar lo que significaba anhelos de la opinión sana y fueros de la verdad, *El Socialista* vuelve á aparecer para reanudar la misión que ante la clase

trabajadora española había emprendido: combatir á los causantes de los males que afligen al país, despertar las conciencias en el proletariado, defender los intereses y los derechos de éste contra las desastrosas ambiciones de las oligarquías burguesas y caciquiles que disfrutaban á España...

«Sale al público nuestro periódico con sólo una hoja. Empequeñecido en la forma, pero engrandecido moralmente. Este su nuevo tamaño es precisamente la cédula de su honradez y de la rectitud de sus procedimientos. El precio del papel ha aumentado cerca de un triple de lo que costaba antes. La resma que costaba ocho pesetas ahora cuesta 30. Y *El Socialista* no ha apelado, ni apelará jamás, para salvar este tremendo escollo que se pone ante el desarrollo de la Prensa, á medios que repugnen á la estrecha conciencia moral del Partido. No admitimos la subvención para el papel que el Gobierno concede á la casi totalidad de los periódicos españoles, pues amamos sobre todo nuestra independencia, y no queremos que el reconocimiento á un favor pueda ejercer—ó hacer sospechar que ejerce—ni una sombra de coacción en nuestras plumas.»

Hago mío todo, absolutamente todo lo que dice *El Socialista* en el segundo párrafo, y procuraré, realizando semanalmente milagros de voluntad, no verme en el caso de reducir *EL MOTIN* á la mitad del tamaño que hoy tiene.

Pero como la voluntad no basta para pagar hoy por el papel de cada número 160 pesetas más de lo que antes me costaba, lo cual asciende anualmente á 8 320, suponiendo que no suba ya el papel, que sí subirá, no aseguro que la reducción de páginas sea imposible.

Cuando reduje *EL MOTIN* á ocho, anunciando que podía llegar el caso que ahora preveo, me escribió un amigo diciéndome que él lo compraría aun cuando se publicase del tamaño del papel de fumar.

Supongo que ahora me dirá que seguirá comprándolo aunque lo publique del tamaño de una cédula de comunión.

Que es ya el colmo de la pequeñez. Y de la inutilidad.

Dicho sea con todo el respeto debido.

Descuido imperdonable

Allá por los días 11 y 12 de Septiembre publicaron los periódicos una lista de los individuos que se habían presentado al ministro de la Gobernación solicitando el alto honor de que los nombrasen polizontes, y que fueron complacidos en el acto. Se llamaban:

«D. José de Acuña, duque de Andún, conde de Villafuente de Bermeja, don Luis Drake, D. Manuel Drake, barón de Codonga, D. Enrique Calvé, marqués de Benicarló, D. Guillermo García Puelles, D. Angel Arpón de Mendivil, don Luis de Uhagón, D. Eduardo Gómez de Baquero, D. Rodolfo Rodrigo Balín, don Federico Victoria de Lecea, D. José Al-

varez Capra, D. Joaquín Souza Casani, D. Pedro Sangro y Ros de Olano, don Carlos Silvela de la Viesca, D. César Donoso Montesinos, D. Luis Lavín Carrillo, D. Joaquín Gisbert Antequera, D. Federico García Patón, D. Eduardo García Puelles, D. Enrique Guerrero y Betuero, D. Benito González del Valle, D. Luis Esteban Fernández del Pozo, D. Francisco Martínez Fresneda, D. Ignacio Reol Espada, D. Rafael Gallego Aznar de la Torre, marqués de Vivel, D. Antonio Montero Valljo, D. Rafael Álvarez Serreix, D. Juan Gómez de Molina, D. Enrique García Puelles, D. Luis Gomendio Saleses, duque de Maqueda, D. Julián Pérez Almunia, vizconde de Cuba, don Nicolás San Ginés, D. José Carzón, don Eugenio García Perate, D. Manuel Macizos Aspa, D. Alonso Berrueta, duque de Bivona, D. Antonio Gracia Tosaus, don Diego de Alcázar y Roca de Togores y D. Augusto Gálvez Cañero.»

No me explico por qué, habiéndose celebrado hace pocos días la *fiesta de la raza*, no se invitó á esos señores á que la presidieran. Los actos de los individuos que honran á la *raza* española, la elevan y la enaltecen, deben siempre alcanzar el premio merecido. Pero España es siempre igual: ingrata. Con ese Colón á cuyos pies echaron flores el día de la *fiesta*, se portó lo mismo en vida.

Supongo que cuando se celebre esa fiesta el año próximo, se subsanará la imperdonable falta que en la del presente se ha cometido.

Los bandos de Burguete

El gobernador militar de Oviedo, el intelectual D. Ricardo de Burguete, que sacó de su cabeza lo de tirar bombas con honda en Melilla, publicó en Agosto este par de bandos:

BANDO

Don Ricardo de Burguete Lana, general de brigada y gobernador militar de Oviedo.

Asturianos: Un delito de lesa patria, que bien pueden calificar de traición los hombres honrados, se comete en estos instantes con la inconsciencia de los más, que sirven de instrumento á elementos perturbadores y asalariados por agentes del exterior, que intentan, para sus fines particulares, llevar á España á la guerra.

Seré inexorable con los instigadores y en los medios de represión que este nefando delito y estos instantes exigen, y para su conocimiento y consecuencia

Hago saber: Que habiendo llegado el caso previsto en el artículo 13 de la ley de Orden público de 23 de Abril de 1870, queda declarado el estado de guerra en esta provincia; y con el fin de restablecer la normalidad perturbada y asegurar el imperio del derecho, ordeno y mando:

Artículo 1.º Los grupos que se formen en la vía pública con carácter sedicioso serán disueltos por la fuerza si ofrecieran resistencia, previas las intimaciones correspondientes.

Art. 2.º La jurisdicción de Guerra conocerá de los delitos contra la seguridad é integridad de la patria, rebelión, sedición y sus conexos y los que directa é indirectamente afecten al orden público y

se cometan con ocasión de aquellos, cualquiera que sea su naturaleza, caridad de las personas responsables y medios de ejecución.

Art. 3.º También conocerá contra toda clase de Sociedades y personas que promuevan reuniones ó asistan á manifestaciones no autorizadas legalmente.

Ar. 4.º Los infractores de este bando por delitos de insulto á centinelas, salvaguardias ó fuerza armada «podrán ser juzgados en juicio sumarísimo» cuando por exigencia de la ejemplaridad lo aconsejen las circunstancias.

Art. 5.º Las autoridades y Tribunales del fuero ordinario continuarán en el ejercicio de sus funciones y jurisdicción en lo que no se oponga á este bando, reservándose la facultad de cumplirlo en los términos en que queda desarrollado y como los sucesos hagan preciso.

Art. 6.º Para que nadie alegue ignorancia se hace saber también que, por el capítulo II, artículo 6.º, párrafo tercero, del Código de Justicia militar, se entiende que pertenecen á las reservas los que, habiendo sido filiados con arreglo á las leyes de Reclutamiento y Reemplazo, «se hallen separados de las filas hasta que reciban su licencia absoluta», según las leyes.

Oviedo, 13 de Agosto de 1917.—*Ricardo de Burguete.*

El del 17 del mismo mes es este:

BANDO

Don Ricardo de Burguete Lana, general de brigada y gobernador militar de Oviedo.

Sin necesidad de derramar sangre ha entrado la calma en los elementos rebeldes de la ciudad. Sois vosotros, los ciudadanos y buenos españoles, quienes os habéis impuesto. Gracias, ovetenses; vuestro es el triunfo que habéis ayudado á recoger á estas sufridas tropas.

Queda la rebeldía aún en las zonas mineras, donde se han refugiado alimañas, no hombres, á los que me propongo castigar con toda dureza. Todos conocéis sus atentados contra la propiedad y las personas con la dinamita. ¡Desdichados! Oídme los mineros todos; oídme los buenos españoles: sois instrumento de asalariados y cobardes jefes que huyeron ó se entregaron y os vendieron después de alzarse con el dinero que les dieron para comprar armas.

Por última vez, y para los buenos y que se rinden á discreción, quiero hacer constar que aún es tiempo de separarse los buenos de los malos. Retiráos los buenos á las minas, si los dueños de ellas os autorizan, ó á vuestras casas, que trabajéis ó no es un derecho libre que no os estorbo; haced lo que queráis, porque el trabajo es la propiedad de los trabajadores y tienen derecho á hacer de ella lo que estimen; pero yo quiero separar el grano bueno de la cizaña, para exterminar ésta en rápido plazo, y con los rebeldes me voy á entender en la montaña, cazándolos como fieras.

Todavía puede haber clemencia con los que después de dicho este bando se rindan á discreción; pero jamás con los incendiarios, destructores, descarriladores de trenes y dinamiteros. Oídlo bien, porque por última vez hago saber en las cuencas mineras de las montañas y valles de este hermoso, histórico y glorioso Asturias:

Artículo 1.º Todos los empleados en las minas, cualquiera que sea su oficio,

se reintegrarán á sus casas ó sus minas, quedándoles absolutamente prohibido circular por campo, caminos ni vías férreas.

Art. 2.º Llamados á concentración los soldados picadores de hulla, se les hace saber que en el plazo de veinticuatro horas, á partir de la publicación de este bando, han de estar incorporados á la zona de reclutamiento de Oviedo, pudiendo los que no tengan medio de hacer el viaje verificar su presentación á los comandantes militares ó jefes de las fuerzas destacadas en Mieres y Pola de Laviana.

Art. 3.º Todos los habitantes entregarán sus armas en el puesto militar más próximo.

Art. 4.º Serán considerados como rebeldes y sediciosos cuantos se encuentren fuera de las minas y de sus casas y no acrediten debidamente tener autorización para ello.

Art. 5.º Los habitantes cogidos con armas en la mano serán juzgados militarmente en juicio sumarísimo.

Art. 6.º Todos los habitantes de los poblados y casas aisladas se encerrarán en sus habitaciones en cuanto oigan fuego ó se altere el orden público, pues, de lo contrario, se exponen á graves consecuencias. No podrán tampoco asomarse á ventanas ni balcones, bajo la pena de ser considerados como rebeldes.

Art. 7.º Este bando entra en vigor en todas sus partes veinticuatro horas después de haber sido publicado en Mieres, Pola de Laviana y Oviedo.

Oviedo, 17 de Agosto de 1917.—*Ricardo de Burguete.*

ACTO EXPLICABLE

Cuando leí que el exministro liberal don José Francos Rodríguez se había presentado al ministro de la Gobernación ofreciéndose para todo lo que contribuir pudiera á sofocar aquella revolución terrible que llegó, en su feroz desenfreno, ¡horror causa decirlo!, hasta romper algunos cristales de tranvías, creí que era una broma de mal género lanzada por algún enemigo suyo.

Pero vinieron á verme personas de cuya veracidad me era imposible dudar, me afirmaron bajo palabra de honor que era cierto, y juré no volver á estrechar la mano que le seguía estrechando cuando lo encontraba á pesar de haber desertado del librepensamiento y de la República.

Ofrecerse Francos Rodríguez á un gobierno reaccionario para combatir al Pueblo, ese eterno burlado, que corea incapaces, sirve de escabel á ambiciosos é incuba traidores, es ofender la memoria del honrado cochero cuyo apellido lleva. Y yo no transijo con los que faltan al cuarto mandamiento del Decálogo.

Esto no quiere decir que deje de explicarme en parte el acto por Francos Rodríguez realizado.

Cuando se llega á ministro por chiripa, y se cobran treinta mil reales de cesantía, deben sufrir gran trastorno las ideas sobre el honor y el deber político, é imponerse imperio-

samente las que tienden á asegurar el cobro mensual de la nómina.

Por esto he dicho que me explico en parte el acto de ese ilustre prócer de la Inconsecuencia.

Recuerdo histórico

En aquella semana en que turbas de mujeres y chiquillos andaban á pedrada limpia con los tranvías y en que patrullas de soldados de caballería, guardias civiles, de orden público y polizontes cruzaban día y noche las calles con sable ó tercerola en mano,

Y en que no se podía transitar por parte alguna sin exponerse á que lo tomasen á uno por sospechoso y lo tratasen como á tal,

y en que sólo se hablaba de prisioneros, muertos, heridos y fusilados.

y en que nadie sabía al acostarse en su cama si amanecería archivado en una Comisaría, en Prisiones militares ó en la Cárcel Modelo;

Sólo una clase, dicho sea en honor suyo, se mantuvo serena, haciendo su vida normal: la de los tahoneros.

Con la misma tranquilidad que de costumbre daban el pan falto de peso; y no así como se quiera, sino doble ó triple más mermado que antes.

¿Con qué intención? Puede que con la de contribuir á que la llamada sedición terminase, extenuando lentamente al Pueblo, cuya base de alimentación es el pan.

Es esta de los tahoneros una clase que se pone siempre de parte de los defensores del orden.

En tiempos de la revolución francesa, menos trascendental que la sofocada ahora por los hombres enérgicos y viriles que están á los pies de las Juntas de Defensa, dieron los tahoneros de París, de acuerdo con los enemigos del Pueblo, en no amasar algunos días, para provocar motines que hicieran pensar en la contrarrevolución.

Y se hubieran salido con la suya, si á Marat no le da la humorada de aconsejar en su periódico, que si el Pueblo no quería que el pan faltase, ahorcara unos cuantos tahoneros...

Parecía natural que, suprimiendo tahoneros, escasease mucho más el pan. Pero por una anomalía inexplicable, ocurrió lo contrario. Y no hubo que ahorcar muchos, no; con cinco ó seis bastaron para que abundase en adelante el pan. Y bien pesado. Y hasta bien cocido.

Es conveniente recordar de vez en cuando hechos históricos, para dejar en buen lugar á los que dicen que la Historia es la maestra de la vida.

Carta de Besteiro

En respuesta al telegrama de varios estudiantes de Alicante, respondió el dig-



José Nakens, tal cual era en 1876, cuando, alternando con su campaña antimonárquica, arreció en la que venía sosteniendo contra el fetichismo republicano para facilitar la Unión, sin conseguirlo sino á medias y aparentemente en algunos períodos electorales.

nísimo catedrático con la carta siguiente, que inserta la prensa de Alicante:

«Cárcel M delo, Madrid 12 de Octubre de 1917.

Señores D. José Alonso, D. Rafael y D. Agustín Mora. D. José López, don Luis Abenza, D. Francisco Miró y don José Agulló.

Mis queridos amigos: Acabo de recibir su telegrama y me apresuro á manifestarles mi inmensa gratitud.

Aparte eso, no pueden ustedes imaginarse la honda impresión que me producen estas y otras análogas manifestaciones procedentes de elementos universitarios.

Ya hace tiempo que vengo percibiendo pruebas inequívocas de un hermoso resurgimiento de Universidad. Pero nunca creí que ese renacimiento ideal fuese tan rápido ni tan frondoso.

Todo esto me confirma en mi inquebrantable fe en el porvenir. Confieso á ustedes que estoy satisfecho del deber cumplido y de la confianza ilimitada con que me he entregado al ideal.

Sean cualesquiera las pruebas á que aún podamos vernos sometidos, estamos seguros de que no habremos de desfallecer ni un momento. Es necesario que, á toda costa, la generación actual prepare una vida más noble y más digna á las generaciones venideras.

Con un efusivo apretón de manos queda de ustedes afectísimo seguro servidor, Julián Besteiro.»

Mi proposición

Varios lectores desean saber á qué proposición mía aludieron algunos periódicos al publicarse el Manifiesto de la Prensa contra la censura en su primer período. Voy á complacerlos.

Como todos han visto, yo llenaba los números de El Motin con mandangas de mis ya prehistóricos tiempos literarios; así me burlaba de la censura y no me alcanzaban sus efectos.

Pero oía á los demás periódicos quejarse tanto y con tanta razón de la manera que la censura se ejercía, que una mañana de esas en que se levanta uno más dispuesto que de ordinario á deshacer entuertos, ocurrióseme someter al superior juicio de los señores que componen el Tribunal de Honor de la Prensa una idea que súbitamente había saltado en mi cerebro y que consistía en...

¿Mas á qué perder el tiempo en explicarla, si va contenida en una carta que dirigí á uno de los pocos indiscutibles prestigios del periodismo español?

Decía así la carta:

«Querido amigo Castrovido: Acaban de enterarme, porque ya no puedo leer, de que ha ido una comisión de directores de periódicos á pedir al ministro de la Gobernación que se varíe el procedimiento que se emplea en la censura, por los grandes perjuicios que sufre la Prensa; y me he enterado en el momento mismo que iba á enviar la siguiente carta á cada uno de los individuos del Tribunal de Honor:

«Sr. D.

Mi distinguido compañero: Creyendo yo que la Prensa debe protestar enérgicamente y de un modo práctico contra la censura, no sólo por dignidad, sino por dar á España ejemplo de virilidad y entereza, se me ha ocurrido someter al juicio de los señores que componen el Tribunal de Honor esta idea:

Acordar que todos los periódicos diarios se publiquen un día determinado á la misma hora, insertando todas las noticias interesantes que han dejado de insertar desde aquel en que se estableció la censura, comentándolas cada uno con arreglo á su criterio, y firmando los trabajos el director y todos los redactores, á fin de que ninguno escape á la responsabilidad.

De este modo se enteraría España de cuanto debe saber, la Prensa quedaría enaltecida, y evitaríamos que se decidiera del porvenir de España á cencerrostapados.

Y si los señores del Tribunal hicieran suya la idea, yo solamente reclamaría su paternidad para compartir las responsabilidades.

De todos v de cada uno respetuoso compañero.—J. N.»

Esta es, amigo Castrovido, la carta que leí escrita, y que, por la noticia que me han dado, desisto de hacer llegar á su destino. ¿Para qué? Los que demanan sumos que no se les causen perjuicios, de seguro que no se expondrían á ir á la cárcel, ni aun á raíz de haber aplaudido á la Junta de Defensa del Arma de Infantería, que se expuso á ser fusilada al publicar su Manifiesto.

No obstante pensar así, agradecería á usted que me dijera si abriga alguna esperanza por pequeña que sea, de que podría esperar mi proposición, pues en este caso enviaría la carta á los señores del Tribunal de Honor, que son los llamados á velar, no sólo por el individual de cada periodista, sino por el colectivo de la Prensa.

Y á nadie más que á usted consulto, porque la opinión de usted me basta. Suyo affmo. amigo.—J. N.

Castrovido vino á verme la tarde del día que le escribí (no recuerdo la fecha); hablamos despacio del asunto, dudó que fuese aprobada mi proposición, mas quedamos por fin en que la enviase por aquello de: «¿dónde lleva usted ese c rnero? A ver si topa.»

Mas al cabo no la mandé. Se auguraban ya sucesos transcendentales para el día 19 en Barcelona, y me dije: «Agu-r-laré á ver en qué queda eso. Tiempo habrá después si nada resulta.»

Y en esto estaba, cuando me enteré que los directores de los periódicos diarios van á reunirse para acordar la publicación de un Manifiesto prote-tando enérgicamente contra la censura, y «¡aquí de mi ideal, exclamé puesto que se colocan en actitud rebelde, como han debido hacerlo hace tiempo; llevaré mi granito de arena á la construcción de tan simpático, necesario, y no sé cuántas cosas más edificio (Transposición se llama esta figura.)

Y cogí la pluma y perpetré esta otra misiva:

«Querido amigo Castrovido:

Dejé de mandar á los periodistas que componen el Tribunal de Honor la carta que envié á usted en consulta, por si mi proposición pudiera haber sido tomada por revolucionaria en sentido político, y no en el que tenía: demostrar que el llamado cuarto poder del Estado es y debe ser considerado siempre y para todo como el primero.

Me he enterado de que hoy va á celebrarse una reunión de directores de periódicos para colocarse en la actitud que yo proponía, y acordar la publicación de un Manifiesto, quiéralo ó no el Gobierno. Agradecería á usted que representase á El Motin, si los semanales no están excluidos, y además, si lo creyera oportuno, que hablase de mi carta, y aun la leyese, por si encontrara eco mi proposición.

Colocada ya la Prensa en el terreno que su dignidad le ordenaba, supongo que nadie podrá ver en mi proposición otro deseo que el de que se le guarden en adelante los respetos y la consideración que merece por la alta misión civilizadora que ejerce.

Ante todo y sobre todo, ya lo sabe usted, yo no soy, ni he sido, ni he querido ser más que periodista; y cuando llegan momentos como los actuales, pospongo mis particulares puntos de vista políticos á los intereses morales de la Prensa.

Siempre de usted, affmo. amigo y compañero.—J. N.

Esto es, en suma, lo que con mi proposición ha ocurrido.

Me apuntaré un nuevo fracaso, y hasta otro.

Petición reproducida

Reproduzco en este número esto que dije en el número del 9 de Agosto, y que no circuló:

«He oído decir que entre los censores figuraban algunos periodistas.

Supongo que la Directiva de la Asociación de la Prensa se redimirá en la primera Junta general de la grave falta de diligencia en que ha incurrido, proponiendo la expulsión, que debió decretar en el momento mismo que comenzaron á ejercer su misión esos censores acechando lápiz en mano la llegada de los periódicos, para tachar las opiniones de sus compañeros.

Hay que hacer honor al autor de esta profunda y acertada frase: «si hay algo más repugnante que el verdugo, es un ayudante.»

Reitero hoy esa modesta proposición con más empeño que cuando la formulé.

Por esta razón:

Al hacerla, no había dado todavía el gobierno del Sr. Dato las inequívocas muestras que dió luego de la incapacidad y la crueldad que lo distinguen.

El haber vuelto esos censores á servirle después de darlas, demuestra que son tales para cuales, y que, por lo tanto, no merecen seguir co-deándose con los que fueron compañeros suyos.

Creo que no seré desatendido en mi justa pretensión por los periodistas que siempre tienen en boca la dignidad de la Prensa.

Cine clerical

La ovejita

—¡Qué cosas se le ocurren á usted! Es usted tremenda.

—Pero, hija, si es la verdad... Yo ya no tuve paciencia al ver que llevaba más de una hora en la rejilla del confesonario, y dándole una palmadita en el hombro, la dije con este retintín que Dios me ha dado: «Doña Casilda, ¿quiere usted que avise á su casa que no la esperen á comer?» El Padre Rufián me echó una mirada como un basilisco, y ella con un gesto de gatita mimada me dijo haciendo un mohín: «Tenga un poco de paciencia, que ahora termino.» Lamuy... Vamos, le digo á usted que si no hubiera sido porque estábamos en la casa de Dios, la saco de allí á puntapiés.

—Mujer, tendría muchos pecados que confesar.

—¡Quiá! Chismes y cuentos... Por supuesto, no tienen ellas la culpa, sino los confesores, que si fueran como es debido, las harían salir de allí á los cinco minutos.

—Es que también les gusta enterarse de muchas cosas.

—Sí, sobre todo si la penitenta tiene buen ver y es algo frágil.

—Por Dios, mujer, no diga usted eso.

—Si es la verdad... Mire usted. Doña Lucila la del juez, le preguntaba hasta de qué color se habría de hacer los vestidos. Puede que le tomara el confesor también la medida.

—¡Jesús! Hoy está usted dejada de la mano de Dios. ¡Qué cosas se le ocurren!

—Pero, hija, si es la verdad. Ya saben ustedes lo que pasó con la mujer de aquel registrador de la propiedad el año pasado.

—¡Ah, sí, la ovejita, como la llamaba el Padre Rufián!

—Pues tanto y tanto confesonario, el marido se hartó de tal manera, que se echó una pelindusca, y ella ahí la tienen ustedes en casa de su madre, muriéndose de asco, porque el Padre Rufián, apenas la vió sin dinero y sin apoyo la mandó á freir espárragos.

—¡Cuántas ovejitas así por esos mundos!

—Como que hay mujeres que pasan más horas en el confesonario que en su casa.

—Así andan ciertos hogares, que parecen aduanares de gitanos.

—¡Si no fuera más que eso! ¿Y los pobrecitos maridos?...

—Coronados de gloria, hija.

FRAY GERUNDIO

Don Marcos Escribano Muñoz

¡Murió un extremeño de los que hay pocos; un extremeño que vivió y murió amando el ideal republicano!

La biografía de este excelente ciudadano, que va descansa de una larga y honrada labor social? Cuando joven adolescente, decía él, «estuve haciendo al mendrillo en la carretera de Cáceres á Trujillo». Un día comprendió que este trabajo material no era «su fin», que él sentía bullir en su cerebro ambiciones nobles de progreso. Se trasladó á Cáceres y se acomodó como dependiente en una droguería; estudió y obtuvo el título de maestro superior de escuela. Pronto comprendió que esta carrera no era la suya: la enseñanza en España estaba sujeta á unos moldes que contrastaban negativamente con sus ideales. Fijó su atención en la industria y en la carrera de Farmacia, y un día se estableció bajo la responsabilidad legal de un farmacéutico regente. Desarrolló con ruda labor sus aptitudes industriales, abarcando el problema con la intensidad de los negocios modernos. Y lo más hermoso: supo educar á sus hijos al mismo tiempo; don Luciano y don P. Alonso Escribano Lozano concluyeron sus carreras de Farmacia con poco más de veinte años... Sintió amarguras pecuniarias y triufo; sintió los dolores de ver morir muy jóvenes á su esposa y dos hijas y pudo sobreponerse á tanta pena y dedicarse á educar á dos nietecitos, huérfanos de su hija mayor...

En la esfera social, D. Marcos Escribano fué un templo de verdadera caridad: daba de balde las medicinas en muchísimos casos y encima socorría á los enfermos con importante metálico. ¡El vacío que deja entre los pobres de Cáceres es difícil de llenar!

Como político idealista figuró siempre en el partido republicano, al que protegió con su bolsillo, ya por la Prensa, ya para remediar el infortunio de los vencidos en las luchas de partidos.

Reflexionemos... Este hombre que pasó desconocido para la mayor parte de los españoles, es un ejemplo de ciudadanía que debe recordarse siempre. ¡Con muchos hombres como él, pronto sería un hecho la regeneración de España!

Nosotros le recordaremos perdurablemente. ¡Le ofrendamos una siempreviva que simbolice Justicia, Libertad y Honradez!

S. REYES VICENTE

Cáceres, Octubre 917.

No conocí personalmente á Marcos Escribano, mas por la altura de miras que en sus cartas vi siempre y por las referencias que me dieron personas que le trataban, llegué á profesarle gran afecto.

Reciba mi pésame más sentido su familia.

De los clericales agresivos

No se cursa la denuncia

En nuestro número anterior dimos cuenta de las agresiones de que, por parte de una monja Ursulina y de un hermano de la Doctrina Cristiana fueron víctimas una niña de ocho años y un niño de

siete, los cuales fueron asistidos en la Casa de Socorro.

Al informar á nuestros lectores de lo ocurrido, les anticipábamos que en el asunto intervendría el Juzgado correspondiente.

Al parecer se trata de ocultar lo ocurrido, ya que las personas autoras del hecho visten hábito y por ese motivo se creen exceptuadas de comparecer ante los señores adjuntos, como otros ciudadanos cualquiera.

Personas que presenciaron la escena ocurrida en el convento de las Ursulinas, y que nos merecen entero crédito, nos dijeron que varias niñas se encontraban pacíficamente sentadas á la puerta de aquella casa, cuando acertó á pasar por allí un mozo que insistientemente hizo uso del llamador, dando lugar á que, ante las llamadas, se abriera la puerta, apareciendo en la misma una monja.

Esta, que sólo se encontró con las pacíficas niñas, la emprendió á golpes con una de ellas, terminando por darle un mordisco en un carrillo, dando lugar á la intervención de un guardia municipal.

El agente condujo á la niña á la Casa de Socorro, y nos consta que formuló, como es costumbre, el correspondiente parte, que a guisa de parte habrá llegado á la Alcaldía, donde se encontrará aún, porque no tenemos noticias de que se le haya dado el curso debido.

Según nuestros informes, la Casa de Socorro enviará hoy al Juzgado el parte referente á dichos sucesos.

El Noroeste de Gijón

Ruego al Noroeste de Gijón, que publicó esa noticia el 17 de Septiembre, se sirva decirme en qué quedó este asunto, y si á las... las... las... respetables (por poco no digo presidiables) personas eclesiásticas que maltrataron á los niños, les ha sobrevenido el más pequeño disgusto por estos incidentes tan usuales en las escuelas y colegios religiosos.

En caso afirmativo, protesto de que se haya hecho una excepción con ellas. Si delitos y crímenes cometidos por gentes ortodoxas quedan impunes, sería una injusticia molestar á esas de Gijón por esos insignificantes desahogos pedagógicos.

Y va de explicaciones

En el primer número de EL MOTIN que sometí á la censura militar, el 31, quise enterar á mis lectores del por qué habían dejado de recibir tres números, y puse esto en cabeza:

UNA EXPLICACION

¿Que por qué han dejado de publicarse tres números seguidos de EL MOTIN?

Por lo siguiente:

Como se había suprimido la censura, escribí varios artículos para el número 31, correspondiente al día 9 del actual, juzgando los sucesos de aquellos días según me pareció.

El miércoles 8 fué restablecida, y como estaba ya tirado el número, me dije:

Antes de mandarlo á Gobernación, haré que lo lea una persona de toda mi confianza, que me diga imparcialmente si contiene algo que pueda ser tachado, y en este caso, no lo enviaré.

Y efectivamente, lo sometí al superior criterio de esa persona, que era yo mismo, y resultó que según mi leal saber y entender, la primera plana, la segunda, parte de la tercera y un articulejo de la sexta eran tachables.

Y entonces pensé:

¿A qué perder el tiempo? Apuntaré lo que me ha costado la composición, el papel y la tirada en el folio de partidas fallidas, y hasta la semana próxima.

Dudé un momento en si poner el número en circulación, puesto que había sido impreso antes de decretarse la censura, mas me arrepentí en el acto. Hubiera servido de pretexto para suspender oficialmente EL MOTIN, privándome así del derecho de hacerlo yo.

Confeccioné otro número, literario y anticlerical para el jueves 16; mas como el lunes 13 se declaró el estado de guerra en toda España, y no había seguridad, por la huelga ferroviaria, de que llegara á todos los suscriptores y corresponsales, me abstuve de imprimirlo; y por la misma razón dejé de hacerlo el jueves 23.

Suponiendo ahora que ya puede llegar el periódico á su destino, mando este número á la imprenta, después de haberlo sometido á la censura militar, pues no quiero estar más tiempo incomunicado con mis lectores.

A esto, ni más ni menos, ha obedecido el que EL MOTIN haya dejado de publicarse tres semanas seguidas. Y como yo me impuse la suspensión yo me la levanto.»

Y á pesar de que en lo copiado no se faltaba á nada de lo prohibido, me tacharon entera esa explicación.

A continuación iba esta:

OTRA

¿Que cómo voy á llenar EL MOTIN mientras dure la censura?

Con trabajos literarios, históricos y anticlericales, míos y ajenos, que merezcan la pena de ser leídos.

No pudiendo hoy dar mi opinión sobre los sucesos pasados, no sólo por falta de datos precisos y concretos, si no también porque se enteraría sólo el censor militar, sería imbecil perder el tiempo en exponerla.

Cuando pueda emitirla por haberse levantado la suspensión de garantías, lo haré con la franqueza y claridad que acostumbro, aun exponiéndome á que los jueces intervengan. Los censores interinos, aunque no procesan, me infunden mucho respeto.

Y á propósito.

Cuando Cúchares fué á la Habana

por vez primera, estaba ya en la edad madura. ¡Calcúlese si habría lidiado y matado toros!

Pues bien; aquel hombre que no perdía su serenidad en la plaza, temblaba de un modo horrible al acometerle en su alcoba los mosquitos; y cuando algún amigo de aquella tierra se guaseaba de él por su falta de valor para soportar las picaduras de los cinífes, exclamaba entre arrogante y temeroso:

«Los toros, bueno; pero los mosquitos...»

Al decretarse por vez primera la censura el mes último, recordé esta anécdota, y la parodié de este modo:

«Los jueces, bueno, pero los censores...»

Y me puse mis recuerdos literarios por mosquetero, evitándole así á EL MOTIN picaduras de lápiz. Lo mismo seguiré haciendo ahora.

Queda explicada la actitud que guardé durante la primera temporada de la censura y anunciada la que seguiré guardando.»

Tampoco en este artículo se atacaba á nada ni á nadie; sin embargo, me tacharon todo lo que va en letra cursiva.

En vista de esto llené el hueco con la hermosa aunque demoledora poesía de Eusebio Blasco titulada ¡Un duro al año! y pasó con la misma facilidad que hubiera pasado el Bendito y alabado sea etc., etc.

Del artículo de Alfredo Calderón, titulado A ellas, y que empieza con esta frase común á todos los predicadores eclesiásticos, «Queridas hermanas en Cristo», suprimieron la palabra Cristo. ¿Qué hacer en este caso? ¿Con quién sustituirlo? Dignamente, con nadie. Por fortuna acudió á mi memoria el nombre del esposo de doña Eva, nuestra primera mamá, y en el lugar que Cristo ocupaba, coloqué á Adán, y así no tuvieron los cajistas que recorrer el párrafo.

Igualmente suprimieron este párrafo del mismo artículo:

«María, vuestra representación genuina, va desterrando en los altares á las personas de la Trinidad. La declaración dogmática de la Concepción Inmaculada pregona vuestro triunfo.»

La misma suerte sufrió este otro párrafo del artículo de un servidor, titulado Celibato eclesiástico:

«Equivocarás el nombre de la Virgen con el de la mujer que adoras; escucharás su voz en las últimas vibraciones del órgano; y lo mismo al arrodillarte ante el ara santa, que al elevar la hostia, la contemplarás á tu lado cada vez más bella y atrayéndote cada vez más.»

Todo esto me hizo comprender que la censura militar alcanzaba á la parte eclesiástica, opinión en que acabé de confirmarme al ver tachada en el segundo número que envié, una caricatura publicada sin tropiezo alguno en EL MOTIN correspondiente al 13 de Agosto de 1914 y la poesía Fe de so-

bra, y me abstuve desde entonces de publicar nada que se rozase con la religión de nuestros mayores.

En el mismo número me tacharon este párrafo de doña Concepción Arenal:

“IRONÍA SANGRIENTA

Se llama emboscarse al acechar traidoramente al enemigo; y á destruirle cogiéndole descuidado, hacer una sorpresa. Apropiarse lo ajeno por fuerza, es vivir sobre el país, proveer á las necesidades del ejército; exigir por fuerza lo que la conciencia y la dignidad rechazan, se llama aplicar la ley marcial; es bombardear una plaza, sacrificar sin propio riesgo á los inermes que están en ella; y bloquearla, matarlos de hambre. La tala y la destrucción son necesidades militares, medios de privar de recursos al enemigo; acuchillar á los que no se defienden y van huyendo, es perseguir á los fugitivos; preparar máquinas y aparatos con que un hombre sin peligro inmola traidoramente á centenares de hombres, es volar una mina ó determinar la explosión de un torpedo; en fin, la tierra ensangrentada donde se cometen semejantes vilezas, se llama campo del honor.»

Quedan, pues, enterados mis lectores del por qué no he insertado determinados trabajos durante la censura militar. Los hubiéramos leído únicamente los cajistas, los censores y yo, ¿y para qué perder el tiempo?

E-pejo mo al de lérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,

Ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CELEBRES Y MODIFICADOS

«anojo» de flores místicas

PUBLICADOS E “EL MOTIN,”

POR

José Nakens

PRECIO: UNA PESETA

Poesías festivas anticlericales

Cuatro tomos, á peseta cada uno

Cien sonetos

JOSE NAKENS

Precio: UNA peseta.

Debe enviarse también 25 céntimos para el certificado.

IMP. DE M. GARCÍA MESON DE PAÑOS, 8